

GUY DE MAUPASSANT

Por Henri Roujon

En febrero del año 1876, recién llegado a *la République des Lettres* para ocuparme de la secretaría de redacción bajo las órdenes de mi maestro y amigo Catulle Mendès, de lo que estaba muy orgulloso, vi que el jefe me tendía un manuscrito con interés.

«Lea esto», me dijo.

Se trataba de un poema titulado *Au bord de l'eau*. Dos amantes cualesquiera, un remero y una lavandera, que se amaban hasta perecer; un idilio brutal y sensual, que comenzaba mediante diversos hechos y finalizaba como una pesadilla. Yo, por aquel entonces, era un joven aprendiz, ignorante y repleto de convicciones intransigentes, tal y como es propio en los debutantes. Insaciable lector de poesía, desconfiaba de los versos que no estaban cincelados según las fórmulas de rigor, y tendría mucho que decir incluso sobre las teorías del Parnaso. Al principio todo me sorprendió en ese manuscrito; la vulgaridad del tema, el carácter facilón de las metáforas, el descuido del ritmo, la dispersión de la rima, el estilo diabólico. Eran los versos típicos que yo consideraba mi deber reprobar. Sin embargo, por encima de ese gran estruendo de un acoplamiento banal que el autor nos mostraba, eclosionaba el don supremo de la vida. Volví a leer *Au bord de l'eau*. En la segunda lectura, aunque me gustó menos, deseé ser informado sobre su autor. Por ligero e intransigente que fuese entonces, supe presentir a alguien. El manuscrito llevaba esta firma: Guy de Valmont.

«¿Quién es éste?»

-Un recomendado, un amigo de Flaubert, me respondió Mendès. El propio Flaubert envía el manuscrito, instándome a publicarlo.

Gustave Flaubert, tras la publicación de *la Tentation de Saint Antoine*, era para nosotros un ídolo. A nuestros ojos era el paradigma del hombre de letras, el escritor ejemplar, heroico y perfecto. Un desconocido que se presentase en su nombre revestía, sólo por ese simple hecho, un carácter sagrado. Mi deber elemental era volver a leer una tercera vez los versos del Sr. Guy de Valmont. Siendo el autor un amigo de Flaubert, iba cediendo a mi deseo de admirarlos.

No obstante Catulle Mendès, ecuánime y apacible, dócil a los principios de hospitalidad literaria que han regido su vida, enviaba sin demora a la imprenta esa copia de recluta, ilustrada con el patrocinio de un mariscal.

«Guy de Valmont, añadió, es un pseudónimo. Flaubert me explicó que su joven amigo está empleado en el ministerio de la Marina a las órdenes de un hombre al que no le gustan los versos. El apellido auténtico del poeta es Maupassant. Además, va a venir a vernos. Desde hoy, es de la casa.»

Au bord de l'eau apareció en el número siguiente de *la République des Lettres*, entre nobles versos de Léon Dierx, los *Marginalia* de Edgar Poe, y un extracto de una comedia fantástica, entonces inédita, de Flaubert. Sea dicho sin irreverencia, tal fragmento, *Le Royaume du Pot-au-feu*, añadía mediocridad a la gloria del maestro. Se leyeron los versos del neófito; algunos parnasianos, que no cedían en lo relativo a las cuestiones de la factura, hicieron sus reservas. Pero en general se dio por hecho que el autor era «un caballero».

Así pues, Guy de Maupassant se había convertido muy rápido en uno de los nuestros.

Tengo el recuerdo muy preciso de mi primer encuentro con él, en una de las encantadoras cenas dadas por Catulle Mendès en la calle de Bruxelles. En torno a esa fraternal mesa, se sentaban habitualmente Léon Dierx, Jean Marras, Léon Cladel, Villiers de l'Isle Adam, Stéphane Mallarmé. Algunas veces acudía Flaubert a presidir

ese cenáculo de apasionados discípulos. No se hablaba de otra cosa que no fuese arte; Hugo y Wagner eran nuestros dioses.

Maupassant vino a sentarse entre nosotros, sonriente y cortés, como un hombre que se encuentra en su medio natural.

Su aspecto no tenía nada de romántico. Un rostro redondo y congestionado de marino de agua dulce, de francas formas y modales simples. Me apellidó «mauvais-passant», repetía, con una bonhomía que desmentía cualquier amenaza. Su conversación se limitaba a los recuerdos de las lecciones de teología literaria que le había inculcado Flaubert y que constituían su religión artística, así como a una inagotable provisión de anécdotas picantes y salvajes invectivas contra el personal del ministerio de la Marina. Respecto a este último punto, no se callaba. A decir verdad, hablaba poco, no se entregaba demasiado, no contaba nada de sus proyectos. Continuaba componiendo versos, ni mejores ni peores que los primeros, versos al margen de la poesía, sensuales y elocuentes, versos de un prosista de raza. Si se le instaba a escribir otra cosa, sencillamente respondía:

«No hay prisa; estoy aprendiendo mi oficio.»

Caía bien por la gracia de sus formas y por la constancia de su humor. Sin embargo era profundamente diferente de la mayoría de nosotros. Nosotros éramos incorregibles parisinos, prisioneros de los despachos de redacción y de los teatros. Lo más claro de nuestra existencia se iba en papel emborronado. Vivíamos, al menos en sueños, en ese domicilio tan bellamente descrito y satirizado por Sainte-Beuve: «en el extremo de una lengua de tierra reputada inhabitable y más allá de los confines del romanticismo ordinario, un extraño kiosco, muy ornamentado, muy atormentado, pero coqueto y misterioso, donde se lee a Edgar Poe, donde se recitan exquisitos sonetos, donde uno se embriaga de haschich para razonar sobre ello después, donde se consume opio y mil abominables drogas en tazas de una fina porcelana».

Nos imaginábamos que el insomnio, la dispepsia y algunos trastornos nerviosos formaban parte de la dignidad del escritor. Maupassant, el Maupassant de entonces, no tenía en absoluto el rostro de un neurótico. Su tez y su piel parecían las de un aldeano fustigado por las brisas, su voz arrastraba el acento del hablar campesino. No soñaba más que con caminatas al aire libre, deporte y domingos remando. No quería vivir más que a orillas del Sena. Cada día, se levantaba al amanecer, lavaba su barca, hacía algunos largos fumando unas pipas y tomaba lo más tarde posible un tren para ir a penar y echar pestes en su jaula administrativa. Bebía como una esponja, comía por cuatro y dormía de un tirón; lo demás, según surgiese.

Para gozar realmente de él, había que pasar un domingo en su compañía, en Argenteuil, en Sartrouville o en Bezons. Cambiaba con frecuencia de residencia, sin abandonar el río. Aureolado con un resto de sombrero de pescador de caña, el torso cubierto con un suéter rayado, sus gruesos brazos de remero a la vista, descubiertos hasta el hombro, esperaba a sus amigos en la estación. Si percibía la presencia de personas renombradas por su pudor u ocupando puestos de relieve en el Estado, jamás dejaba de pronunciar palabras de bienvenida inmodestas con voz atronadora. Al igual que algunos de sus compañeros se creía, por respeto al arte, obligados a la extravagancia, consideraba que un artista debía, bajo pena de abdicar, burlarse del burgués. Fue el último Bixiou. Pero una vez cumplidos los ritos de ese sacerdocio, Maupassant se volvía el más previsor de los anfitriones. Pronto desplegaba la vela y nos paseaba dos horas, contando historias de ahogados, como aventuras de magistrados o altos dignatarios sorprendidos en actitudes indecentes. Se reía hasta casi hacer volcar la barca. Si la brisa cesaba, remaba firme o bien tiraba de la cuerda que iba paralela al sendero que bordeaba el río; llevaba a las damas o a los mareados al muelle de

desembarco, reacomodaba los objetos rotos, arreglaba los arañazos, siempre con un cuchillo en el bolsillo y un cordel, conocedor de recetas y remedios; higienista, curandero, sanador, carpintero, mecánico, cocinero, - en definitiva un gran muchacho.

Una feliz tarde de 1878, ¿a quién vi entrar en mi despacho de la Dirección de la enseñanza primaria? A Maupassant en persona, con el rostro deslumbrante:

«¡Usted!»

- Yo mismo. He dejado la Marina. Voy a ser su compañero. Bardoux me ha destinado a su gabinete.

Y concluyó con esta fórmula, que resumía para él la idea del goce: «¡Parece una broma, verdad!»

Comenzamos a bailar alrededor de un pupitre, elevado a la categoría de altar de la amistad. Después de eso alabamos como convenía a Bardoux, ministro protector de las letras. Me pareció bien que Maupassant creyese oportuno terminar con una andanada de insultos, enviada a guisa de despedida, hacia sus antiguos jefes de la Marina.

Flaubert y Bardoux eran amigos desde hacía tiempo. Había bastado al gran escritor decir unas palabras al político para que Maupassant fuese liberado y recolocado.

Algunos pensaron que en el ministerio de la Instrucción Pública, Maupassant iba a ser motivo de problemas. Fue un empleado ejemplar. Estaba muy bien considerado. Lo siento si eso estropea una leyenda. Nada sorprendente por otra parte: muy educado y fino, tenía demasiado orgullo para atraerse la humillación de las reprimendas. Su tarea le parecía fácil: despachaba con diligencia y vivía tranquilo.

Al ser compañeros y viéndonos diariamente, de buenos colegas pasamos a ser amigos. Charlábamos de todo y de todos, intercambiando nuestros proyectos de futuro, embriagándonos con nuestras esperanzas y teorías.

Nunca se encontró mejor que en esa época, para goce de algunos íntimos, que en 1878 y 1879, aún desconocido, meditaba, se documentaba sobre la vida y se marcaba un rumbo. Se podía adivinar en él una ambición paciente, pero decidida, una confianza serena en su fuerza.

Su ideal era limitado y preciso: llegar a escribir bien. Escribir bien le parecía como el fin supremo. Además, y llevado al estado de dogma, despreciaba el éxito por el éxito. El artista, manifestaba, de entrada crea su obra para su propia satisfacción, luego para el sufragio de una élite. La muchedumbre le sigue o no le sigue, poco importa. Lo vulgar es grosero, incompetente, insultante y estúpido. El escritor que se preocupa *a priori* de complacer está perdido para el arte. No es un mal ejemplo, desde el punto de vista social, que un auténtico literato consiga fortuna. Maupassant ensalzaba a Hugo por haber ultimado felices empresas con la venta de sus obras. Todavía me está pareciendo oírle decir, esforzándose en dar a su franco rostro una expresión neroniana: «Me gustaría arruinar algún día a algunos editores.» Y desternillarse de risa.

Los sufrimientos de los escritores, sus deberes, sus miserias, las torturas de los presos de la copia lo indignaban y exasperaban. Abundaba en anécdotas lamentables y era sabedor del martirio del pensamiento a través de los tiempos. A veces era inexacto, pero siempre sincero y generoso. Se prometía escapar a esa ley de sufrimiento. Preparaba y preveía su carrera: voluntario, ordenado e independiente.

Obedecer le resultaba imposible. Jamás habría podido servir. Enrolarse o disciplinarse le parecía un suplicio. De ahí el desdén más absoluto, el más infantil y el más soberbio, hacia la política. Juzgaba tener una opinión política como una penosa minusvalía. A pesar de su nihilismo, sospecho que era un legitimista territorial. En ciertas expresiones que se le escapaban, en relación sobre su pasado, se le adivinaba en el fondo vestigios de prejuicios nobiliarios. Le hubiese gustado con seguridad repetir la frase de Montesquieu: «En este momento estoy haciendo una cosa muy tonta, mi

genealogía.» Pero, puesto que tenía una y que ya estaba hecha, aunque no le repugnaba resignarse a ello. Muy desdeñoso hacia la democracia, se inclinaba hacia una vaga oligarquía, donde el gorila del que habla Taine, el gorila que levanta barricadas y el dinamitero, era abatido por el gorila gendarme, a fin de que las personas de letras pudiesen trabajar en paz. A estos puntos de vista aristocráticos, añadía la indignación más calurosa contra el perjurio, la opresión, la rutina y la injusticia. Hubiese puesto, como Hamlet, en la lista de las amargas de la condición humana «la insolencia de las personas con plaza en propiedad y la lentitud de la ley». Profesaba horror a la guerra y se volvía loco con Napoleón.

Departiendo de este modo, pareciendo pasar el rato y ocupando sus momentos de ocio remando en el Sena, edificaba dulcemente su vida. Un día nos anunció que acababa de escribir un largo relato, destinado a ser publicado próximamente. Nos habló del proyecto de un volumen en el que algunos escritores debían publicar cada uno una historia sobre el año terrible. Y nos contó, nos recitó casi *Boule de suif*, de pie, ante la chimenea del despacho.

Aparecieron *Les Soirées de Médan*. La publicación de *Boule de Suif* fue un triunfo. Difícilmente se encontrará en la historia de las letras contemporáneas, parecido ejemplo de súbita entrada de un escritor en la gloria. Los profesionales levantaron la cabeza; el público fue ganado en el primer intento.

Del un día a otro le llegó la celebridad, con todos los bienes que ésta comporta, y el primero de todos, la libertad.

Algunos meses después de *Boule de suif*, Maupassant dejaba el ministerio de la Instrucción Pública, merced a un ventajoso contrato con un periódico que lo liberaba de toda preocupación. Sin embargo el avisado normando conservaba en el fondo de sí mismo un rincón de desconfianza en el porvenir. Pidió un permiso de un año, con la posibilidad de regresar a su puesto si era necesario. El más amable de los directores, mi colega y amigo Xavier Charmes, se encargó, con mi colaboración, de explicar la cuestión Maupassant a nuestro ministro Jules Ferry. El Sr Alfred Rambaud, entonces jefe del gabinete, muy afecto a los hombres de letras, la apoyó cordialmente. Jules Ferry también era más benevolente que intrépido; tenía toda la bondad de los fuertes. Firmó todo lo que se le puso delante. Entre todas las alegrías que me ha proporcionado el servicio con ese jefe incomparable, me gusta recordar que un papel firmado con su nombre hizo un gran favor a sí mismo y a las letras de uno de los primeros escritores de nuestra época.

Viéndose libre, Maupassant tuvo un momento de euforia desbordante. Contemplaba el documento ministerial repitiendo: «¡Ya está!» Cerraba los ojos como un gourmet que saborea una vianda. Además, dejó el ministerio dignamente, sin dar portazos, dejando su tarjeta y realizando las visitas de rigor. Escuchó con la más perfecta deferencia a algunos antiguos jefes del negociado que creían deber prevenirle contra los peligros de la vida literaria.

No dudamos de que fue prometido a la gloria. Pero ¿quién hubiese podido prever esta deslumbrante y trágica carrera de meteoro?

Dichoso, famoso, afortunado, Maupassant continuó siendo el buen compañero de los años de aprendizaje. Su mayor alegría era invitar, durante un fin de semana, a cenar a algunos testigos de sus inicios. No olvidaré jamás la noche en la que me hizo partícipe de los últimos momentos, de la muerte y las exequias de Flaubert. ¡Que sencillo y doloroso era su relato! Me maldije por no haber tomado algunas notas al día siguiente. Su devoción, esa filiación a la vez intelectual y sentimental, le inspiraban palabras y actos de auténtica nobleza.

Había lavado con sus propias manos el cuerpo de su maestro y presidido su último aseo, sin frases, sin poses, sin gritos, sin lágrimas, con el corazón inundado de respeto. Lo amaba como un hijo, como un discípulo que admira, pero también como un pícaro sobrino querido del tío que lo ha regañado y ayudado a crecer. Le he visto llorar casi de dolor y cólera cuando Flaubert, cuyos últimos días se vieron entristecidos por problemas económicos, tuvo que refugiarse en Croisset para envejecer allí pobremente. «Figúrese usted, decía, que no pronunció ni una palabra de queja, ni un lamento! Releyó sin cesar este final de carta que le envió la Sra. Sand: «¡espero, mi viejo amigo, que no eches de menos tu dinero, como un burgués!»

Muerto Flaubert, Maupassant se ocupó piadosamente de la publicación de las obras póstumas, sobre todo de ese *Bouvard et Pécuchet* en el que el maestro le había declamado todos los capítulos, bajo los frondosos paseos de Croisset, ante el soleado decorado del Sena normando. Tuvo la gentileza, en su pequeño apartamento de la calle Clauzel, de mostrarme el voluminoso dossier que Flaubert, como paciente historiógrafo, había coleccionado para escribir esa biblia de la estupidez humana. Pasamos una parte de la noche paseando nuestra curiosidad a través de ese caos. Allí había de todo, chascarrillos, tonterías, acertijos, falacias, divertimentos, incluso pensamientos.

Entre esos materiales de una mal concebida construcción, uno sorprendía el fondo de un genio poderoso, estrecho y magnífico. Era imponente y pueril. No hay que decir que Maupassant se prohibía la menor crítica, como si ejercerla se tratase de una irreverencia. Se conmovía a la vista de una mención tal como ésta: «Burradas de hombres de Estado», - que acompañaba una amplia y compacta documentación. Reía a mandíbula batiente ante una hoja de papel de carta, de ese papel azul cuadriculado de los paisanos, en el que Flaubert, con su recta y fina escritura, había anotado esta observación: «Cosas que me han indignado: las plumas de hierro, los batiscafos, Abdel-Kader.» Maupassant concedía un inestimable valor a este autógrafo.

Mientras tanto el éxito iba *in crescendo* y Maupassant se convertía en un hombre de moda. Fue buscado y adulado. Los periódicos se disputaban sus colaboraciones. Invitó a suntuosas cenas en locales excesivamente caros. Siempre tuvo la manía del batiburrillo, improvisándose, al albur de sus mudanzas, como un tapicero o ebanista, con más dedicación que buen gusto. Acabó por comprar bibelots, de los cuales los más notables eran falsos, según el uso. Siempre según el uso fueron aquellos lo que él le concedía sobre todo autenticidad.

Para poder compatibilizar la vida mundana y sus tareas de escritor de alto rango, se entregó a excesos de trabajo. Los cuentos sucedían a los cuentos, los volúmenes a los volúmenes. Al final se doblegó bajo el peso de semejante fardo. Sobrevinieron las enfermedades, invencibles insomnios, incesantes dolores de cabeza. Le invadió la melancolía. Teniendo un miedo patológico a la enfermedad, nos hizo confidencias siniestras sobre sus males. Leyó libros de medicina, se infligió regímenes crueles y se atiborró de drogas; no hablaba de otra cosa que no fuesen remedios y panaceas. Su rostro se alargó; sus ojos, antaño húmedos y risueños, se volvieron vidriosos. Envejeció diez años en pocos meses. Uno de nuestros últimos encuentros se produjo durante una cena íntima, a borde de su velero, en el viejo puerto de Niza. No comió nada y charló de microbios.

Durante algunos instantes me acompañó, en una velada estrellada, por la ruta de Beaulieu. «No me queda mucho tiempo, me confío. Desearía no sufrir.»

El resto ya se sabe. Los primeros desórdenes, anunciados por ese cuento titulado *l'Horla*, de un ocultismo absurdo, tan extraño en el conjunto de su obra; luego la crisis, los accesos de ira, el intento de suicidio, el internamiento, la inmersión en la animalidad, la noche negra, por fin la liberación tan lenta en llegar. Tenía cuarenta años.

Somos alguno los que le han conocido un poco. Conocerlo bien no era cosa fácil. ¿Se conocía a sí mismo? Prejuicios de educación, actitudes profesionales, una singular necesidad de escandalizar a la galería lo llevaban a cometer algunos desmanes hacia su propia persona.

Había entrado en la letras como un Eliacin alborotador, amamantado detrás del altar por ese pontífice, fanático de la Joad, que se divertía en parecerse a Flaubert. El visionario de *Salammbô*, poco comprendido por los ruaneses, por rencor y por coquetería, paseaba en media de la civilización su enojo furioso de fiera enjaulada. Definía por la palabra «burrada» todo esfuerzo humano que no conducía a la búsqueda de la verdad o a la desinteresada creación de la belleza. Bajo su tutela, Maupassant había mamado la leche de dos o tres pseudo principios: el respeto innato al literato, sacerdote de un culto supremo y perseguido, el odio a la turba impura que desconoce el arte, y, para abreviar, el horror a la burrada. ¿Qué era exactamente la burrada? Poco importaba; lo esencial era odiarla. Como fiel discípulo, Maupassant se creía en la obligación de repetir los anatemas del Maestro. El Escritor, perseguido en la sociedad contemporánea como una bestia perniciosas, rodeado de enemigos encarnizados en buscar su ruina, debía llevar una existencia de forajido, ser astuto sin cesar, tener miedo a la necesidad, morder para no ser mordido. Exponía esta teoría feroz y negativa, con voz melodiosa, los ojos a medio cerrar y sin abandonar el tono de la más irreprochable cortesía. Un minuto después, se dedicaba, con ligereza y alegría, a todos los ejercicios que comporta la condición social y se ponía a cuatro patas para homenajear a su despreciable y odioso vecino. En unas circunstancias, le he visto actuar más o menos como todo el mundo, quiero decir como actúan aquellos de «todo el mundo» que tienen corazón y espíritu. Los únicos sacrificios concedidos en el transcurso de su carrera, a sus principios de actitud, fueron rechazar la cruz al buen Spuller que le presionaban gentilmente a aceptar y no presentarse a la Academia, cuando Alexandre Dumas se esforzaba en abrirle sus puertas. No era por desprecio. Adoptó en ello todas las actitudes. Ya estaba de vuelta de todas cosas y particularmente de sí mismo. Pero durante tantos años había abominado de tantas modas que decía que un escritor que se respeta no es condecorado, no pertenece a la Academia e incluso no escribe en *la Revue des Deux Mondes* – (¿Por qué?) – ¡que miedo tuvo a ser perjuro! Solo consigo mismo, imagino, metía la pata de ese modo por lo que ellas valían. En público, las profería como sentencias. Recordaré siempre una carta de Flaubert que él recibió un día y que terminaba con esta frase: «los honores deshonoran, el título degrada, el cargo embrutece». - «¡Es bastante profundo!», nos decía. Encontraba eso profundo, ¿qué le vamos a hacer? Detrás de esa máscara de charada, Maupassant disimulaba un fondo muy rico de sentido común.

En moral, le gustaba inspirar indignación. Se comportaba con la ética de un apache, denigrando todo, no creyendo en nada, negando la familia, incapaz de una ternura, inadaptado para amar. Bajo esta coraza de carnaval, se ocultaba un excelente corazón. Se prohibía como una inelegancia hablar jamás de sus allegados. Sabíamos de algunas delicadas atenciones que dispensaba a una madre, eternamente enferma, mujer de una sensibilidad hiperexcitable y de una refinada cultura a la que él adoraba. Perdió un hermano, al que acogió y educó de niño. Todo eso se realizaba en silencio y en la clandestinidad. Maupassant jamás hubiese tolerado que alguien se atreviese a decirle en la cara que era bueno. Sin duda le bastaba con serlo.

Y tan servicial compañero, ¡amigo tan fiel! En sus comienzos de empleado pobre, acudía a la primera llamada. Cuando llegó la bonanza, fue generoso. Desde el momento que fue influyente, ayudó a sus colegas maltratados por la vida; se le vio en las antesalas ministeriales solicitando ayuda para los derrotados.

Cuando hablaba de amor, se complacía profiriendo sentencias exageradas. Sus palabras sobre las mujeres eran las de un misógino, de un gourmet deleitándose con los bellos frutos de carne fresca. Sobre el placer se había informado temprano, completamente, demasiado completamente. Sus recuerdos de juventud carecían de candor; no había deshojado con ninguna prima la margarita de los dieciséis años. Junto a sus teorías sobre la mujer, las del Eclesiastés eran madrigales de colegial. Instrumento de voluptuosidad, medida de higiene, mala vecina, la eterna enemiga, tal era como veía a la mujer y la maldecía. A base de elocuencia lograba rejuvenecer todas esas viejas teorías. Uno de nosotros, al que esas fanfarronadas irritaban, le predijo que un día sería «cazado», en su momento, como los demás compañeros, buena y tontamente enamorados, comprendiendo todo lo que ese estado exige, sospechas, esperas, celos, embriagueces, flores marchitas, cintas al vuelo, cartas deprimentes, éxtasis y dolores. El se ofendía: «¡Nunca en la vida!» exclamaba. «Todo eso es demasiado estúpido». – Sea dicho de paso, no está del todo demostrado que eso sea estúpido, y además, como dice el otro, uno no tiene elección. Me pareció que Maupassant se ofendía demasiado. ¿Pagaba quizá su deuda a un antiguo idilio? Lo ignoro, y si lo supiese me callaría, no teniendo excesivo predicamento por los cotilleos de ultratumba. Pero pienso en las numerosas siluetas femeninas que atravesaron la existencia de este enemigo de la mujer. Recuerdo modales halagadores que mantenía en sus relaciones con «la eterna adversaria». Si las mujeres le inspiraban odio, se esforzaba mucho en ocultarlo. Recuerdo aún con que complacencia, ese enemigo de las leyes y costumbres se plegaba a los elegantes suplicios de la vida mundana. Participaba en los negociados del espíritu y se sentaba en las cenas-conferencias, entre blancos pechos de pensadoras. Reclutado, domesticado, domado por esas exquisitas y temibles parisinas que testimonian su deferencia a los ilustres impidiéndoles trabajar, ese indomable participó en esas cenas. Incluso tuvo su pequeña crisis de esnobismo, y, él, que no vestía más que chaquetones, se le vio frecuentar ciertos sastres. ¿Quién sabe si la mujer, en una venganza secreta, no fue dueña de su última meditación, su última energía? El debió vivir el viejo Lai de Aristóteles. Tal vez le haya pasado como a los demás, a la edad en la que ya no se puede sufrir más.

Lo cierto es que fue un hombre poco distinto de los demás, un normando de buena raza. Avispado, práctico, dueño de sí mismo, valiente, cordial, ambicioso, voluntarioso, un noble campesino que, creyéndose hombre de letras hasta la punta de las uñas, escribió para vivir, y que produjo obras maestras de la mejor calidad, de aquellas que no se salen adrede, porque él tenía un don innato y genial para contar.

Ningún documento, ninguna confidencia valdrán tanto como sus libros para explicarnos su naturaleza. En él la obra y el hombre no forman más que una unidad.

Se han tomado en mala consideración desde hace algún tiempo, y no sin motivo, dos palabras de las que se servía la crítica de ayer hasta la indiscreción, porque eran de un uso cómodo: la palabra «gótico» para aplicarlo a toda una época del arte y la palabra «picaresca» para definir todo un tipo de espíritu. Me cuidaré mucho de no tener contra ambos términos los prejuicios de mi generación. Pero, después de todo, si la palabra picaresca no quiere decir nada históricamente, al menos ha tomado bajo la pluma de Taine, por ejemplo, un cierto aspecto literario e incluso un cierto sentido. Sirve para definir una tendencia muy antigua, un humor típico de nuestros antepasados que persiste entre la mayoría de sus descendientes, el rasgo más característico y perdurable, sino el más noble, del genio mismo de nuestra raza.

Es un hecho incuestionable que Francia esperó hasta el segundo cuarto del siglo XIX para tener una poesía lírica, por otra parte incomparable, - lo que no quiere decir que los franceses se hayan convertido por ello en líricos por temperamento. Que se goce

o se aflija con ello, somos, a pesar de todas nuestras revoluciones, tan políticos como literarios, a pesar de las cruzadas o el romanticismo, un pueblo de sentidos duros y de imaginación corta, razonable, laboriosa, económica y burlona. Si tuviese todavía que someterme a la alegre faena de los exámenes y se me preguntase en la Sorbona que «citase al poeta nacional», me inspiraría en Sainte-Beuve y nombraría sin dudar a La Fontaine. Pensaría proporcionar así una buena respuesta como haría un estudiante de Alemania citando a Wagner. Lamartine, en su calidad de gran señor del lirismo, se indignaba cuando se formaba con las Fábulas el espíritu de los niños. Las mamás y los maestros de escuela no hacían, actuando de ese modo, más que obedecer a un instinto hereditario. Los franceses aman los cuentos por encima de todo, y quizá no amen profundamente más que los cuentos, no siendo su amor por el teatro más que el gusto del cuento dialogado. Desde luego otros géneros pueden nacer entre nosotros y prosperar, siendo Francia la patria de todos los temperamentos como lo es de todos los contrarios, de todos los paisajes y de todas las culturas. Únicamente diremos que en todo francés persiste un diletante inveterado de historias cortas y claras, de lecciones de prudencia media impartidas sin pedantería, propicias para ser comprendidas y recordadas sin esfuerzo, pequeños relatos que dan que reflexionar animándose. Es lo que se llama, a falta de algo mejor, el espíritu picaresco. Picaresco o no, él ha opuesto, opone y opondrá a las infinitas metáforas de moda una invencible resistencia.

El pequeño hombrecillo no solamente no morirá nunca, sino que verá a sus competidores más celebrados morir a su alrededor, uno a uno. En plena comedia romántica, el socarrón Béranger se obstinaba en rimar sus versos a medida de la gente del pueblo; el mismo público que se abrumaba con las aventuras de capa y espada, recitaba los refranes de Lisette a la salida. Y hoy, en una época que se puede sin malevolencia calificar de heterogénea, ¿a quien vemos triunfar, entre una comedia de tesis social y algún drama lírico lleno de símbolos? Al imperturbable y encantador Courteline, cuyo humor es un consuelo.

Dos épocas, de apariencia bien diferente, permanecen eminentemente características del temperamento francés en su esencia. En primer lugar, ese feliz siglo XIII, donde la nacionalidad toma conciencia de si misma, época de los soberanos aplicados, de los valientes caballeros, de los hábiles artesanos, de los arquitectos lógicos, de los maestros imagineros y de los cuentistas. Fueron a continuación los años que transcurrieron desde la muerte de Luis XIV a las vísperas de la Revolución, el periodo que va de Watteau a Beaumarchais, donde los cuentos de Voltaire se dejaban leer en los interiores de Chardin. Bajo Felipe-Agusto y bajo Luis XV, dos soberanos sin embargo bien disímiles, la burguesía se sintió tranquila y poderosa. Al día siguiente unas Comunas libres tanto como en vísperas de los Estados de 1789, gozaba de su fuerza y se expandía. En las dos ocasiones, tuvo su arte y también su literatura, que respondían fielmente a su ideal de casta activa y próspera. En el siglo XVIII, se rindió a *Candide*. En el siglo XIII hizo sus delicias con las Fabulas.

El francés medio del siglo XIII dejaba a los barones, a los caballeros, a sus mujeres sobre todo, el gusto exótico y artificial por las poesías cortesas importadas de Provenza. Mientras se salmodiaban en el torreón sutiles dichos de amor, compuestos según el ritual de la teología galante, el buen burgués, al regresar de la feria, con el estómago satisfecho y la bolsa llena, mandaba a buscar un juglar. El descarado, pícaro y guasón llegaba con su viola y comenzaba. El malicioso compadre, deseoso de ganarse su lugar en la cena, servía al anfitrión un divertimento a su gusto. Le incitaba al desdén por las cosas que las costumbres prescriben respetar, multiplicando los burlas contra el clero y las ordenes mendicantes. En todos los tiempos la burguesía ha reclamado una religión para la canalla y conservado a aquellos que poseen el derecho a la blasfemia

*inter pocula*¹. El juglar narraba entonces aventuras de orden doméstico, equipajes perdidos, enfermedades bestiales, mercancías sustraídas, historias de administradores infieles y de criados pícaros. Hablaba de buenos platos, de ocas grasientas, de jamones ahumados, de grandes jarras, de bebidas y pastelerías. Hablaba ampliamente de la maldad de las mujeres, advertía de sus perfidias, sus artificios, todas sus estrategias de ser débil y dominadora. «La mujer está hecha para decepcionar.» A menudo el ladrón de honor era uno de sus blancos, lo que permitía a un público de maridos mofarse de los amantes. Al auditorio le gustaba ver las bromas galantes dando vueltas entre la confusión de los enamorados. Y además, como ese auditorio carecía de nobleza, pedía al cantor que descendiese a los bajos fondos de la alegría, a esas feas diversiones escatológicas de las que tantas personas, aun hoy en día se divierten tras beber a puerta cerrada. Luego llegaban las grandes picardías, y para llamarlas por su nombre, las obscenidades. El gentío se vengaba mediante sucias risas de la solemnidad doliente de las cortes de amor. De auténtica sátira, poco o mucho. El burgués, fuese revoltoso, o fuese conservador, pretendía divertirse en toda su borrachera sin mezclarse con los poderosos. Todo eso, miel y veneno, perfumes y tufos, ha creado un género de literatura, precisa, limitada, monótona, perfectamente adaptada a la vanidad, a la malignidad y al egoísmo de su clientela, un modo de arte espontáneo, brutal y vivo.

Sobre ese grueso humus de salvajadas han crecido a través de los siglos flores exquisitas: la sabiduría de Rabelais, la malicia de Marot, la tolerancia de Montaigne, el patriotismo de los burgueses de la Ménippée, la gracia de La Fontaine, la ironía de Voltaire. Toda una familia de espíritus ha tomado allí su nacimiento, desde el contador primitivo de chanzas hasta los periodistas de hoy en día, familia innumerable y variopinta que cuenta con malos y tontos muchachos, pero también gentiles criaturas y bellos seres plenos de savia.

Guy de Maupassant procede de todo eso en línea directa. Aparece en nuestro tiempo como un trovador con retraso. La historia, artística o literaria, le gusta repetirse en ciertos tipos. ¿No hemos visto ayer a este admirable Puvis de Chavannes rehacer el candido pensamiento de los Giotescos en las murallas de nuestros hoteles de la ciudad? Maupassant, oprimido por una educación libresca, educado en el cálido invernadero de un gran letrado, adoptado por los cenáculos, frecuentando los salones, creyéndose de buena fe un profesional de la escritura, se evade de todas esas trabas para regresar al tipo ancestral. Reencarna los dones de expresión, humor, filosofía, formas, talentos y mentalidad de un juglar, olvidado en el París del presente.

De un trovador medieval tenía el gusto innato por los temas alegres. Recordamos más adelante que se servía constantemente de la palabra «broma». El constante empleo de algunas palabras traiciona una naturaleza.- El exquisito Mallarmé escribía la palabra «Palma» en cualquier ocasión. «Por qué, Stéphane, le dijimos un día, ha puesto usted «Palma» debajo de esta página? – Para evocar la idea de gloria», respondía él. ¡Id pues a objetar algo a eso! – Maupassant escribió estas palabras: «Eran unas damas gordas con vestidos de broma.» Esta frase es estrictamente de la misma procedencia que un verso de fabula; no falta más que ponerlo en octosilábico. Las fórmulas, sumariamente descriptivas, bruscas y amasadas, más expresivas que pintorescas, siempre bienvenidas, discurrían de su pluma. Ellas son el ornamento de su estilo, que fue, como comenta Montaigne, «lo mismo en el papel que en la boca», de su estilo abundante, sólido y claro.

¹ Inter pocula.- Locución latina que viene a significar “en medio de los excesos del alcohol” (N. del T.)

Maupassant, como un trovador, se mostraba poco exigente sobre la calidad de sus temas. Los ha tratado deliciosamente desde los más pueriles hasta los más bobos. Cuando la vena es rica, produce (*Ce cochon de Morin*) el ejemplo acabado del fabulista moderno, un poderos divertimento donde la injusticia del destino está considerada como una divinidad bromista. La humanidad que él describe es la de los viejos cuentistas: pequeñas personas, empleados perezosos, mercaderes ávidos, borrachos endiablados, marineros mal hablados, herederos codiciosos, aldeanos retorcidos, muchachas seducidas, mujeres mal casadas, esposas pérfidas, maridos cornudos, todos villanos y muy villanos. *Bel ami* escala en el mundo del mismo modo que Sansonnet de *Richeut*, el pícaro siniestro y seductor, hijo de una puta a la que su madre educó para ello.

De un trovador, Maupassant había tomado el partido de no enfadarse ni contra los hombres ni contra las cosas. Toma la humanidad por lo que es, no amándola demasiado ni odiándola en absoluto, procurando sobre todo no querer cambiarla en nada, describiéndola del mejor modo para reír y hacer reír. Ante todo es un cómico. Los grandes dramas que conmueven el mundo de la edad media parecen ignorados por los fabulistas; un juglar pide a la Cruzada historias de mujeres casquivanas, sorprendidas por los regresos imprevistos de los esposos. Maupassant, después de 1870, teniendo que contar un episodio de la guerra, no encuentra otra cosa que el cuento de *Boule de suif*, la invasión se resume mediante él en la ingratitud de algunos cobardes, el libertinaje de un soldado, y la apatía bonachona de una puta. Y he aquí el mundo. Así está hecho. Bien loco el que trate de cambiarlo. Idiota el que no sepa verlo.

Tal es Maupassant según sus Cuentos. En cuanto a sus novelas, tan dignas de respeto como puedan serlo, veo en ellas obras de aplicación, de una vena menos sincera, casi una desviación de su naturaleza. Al final, por otra parte, cambiaba de alma, por desgracia se sabe la razón. Partiendo de la parodia a ultranza, de desliza hacia la piedad. Se ablandece; sus últimos libros tienen algo de atenuado y tierno. El tono no es el mismo: en *Notre coeur* y *Fort comme la mort*, la voz vacila y tiembla por momentos. El juglar había sido mandado a casa: ahora él brillaba «en las habitaciones de las damas». Tomaba a su gusto a las personas elegantes de las que contaba sus sufrientes amores; su mano, para mostrar sus heridas, se hacía ligera. Caía insensiblemente en el pecado, muy prowenzal, de la misericordia hacia los hijos de su espíritu.

El auténtico Maupassant es el rudo cuentista que va a observar en las ferias o en las francachelas para describir a los picaros en plena locura. En eso fue un maestro. Habló definitivamente la lengua del cuento. Sus mejores relatos parecen anónimos.

«Hay canciones, decía Gautier, que dan la impresión de no haber sido compuestas por nadie.» Esas canciones son las más bellas. Maupassant es un autor amigo. En las horas de anemia o de digestión difícil, se va a buscar en el buen rincón de la bodega de los libros ese añejo vino del terruño. Esto no es hablar mal de los rusos, ni los escandinavos, y no desdeño la neurosis eslava, pero, después de todo, es bueno también resaltar lo bello de entre nosotros de vez en cuando. Algunos tónicos convienen después de los tóxicos. *Litterarum intemperentia laboramos*, nosotros reventamos de literatura, ya lo decía el antiguo romano. Se han visto otros desde Séneca. Veremos todavía más.

Extraído del libro *La Galerie des Bustes* de Henri Roujon. Librairie Hachette et Cie. Paris. 1909.

Traducido por José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>